

Tercer Centenario  
de la muerte de Miguel de Cervantes Saavedra

# DISCURSO

pronunciado por

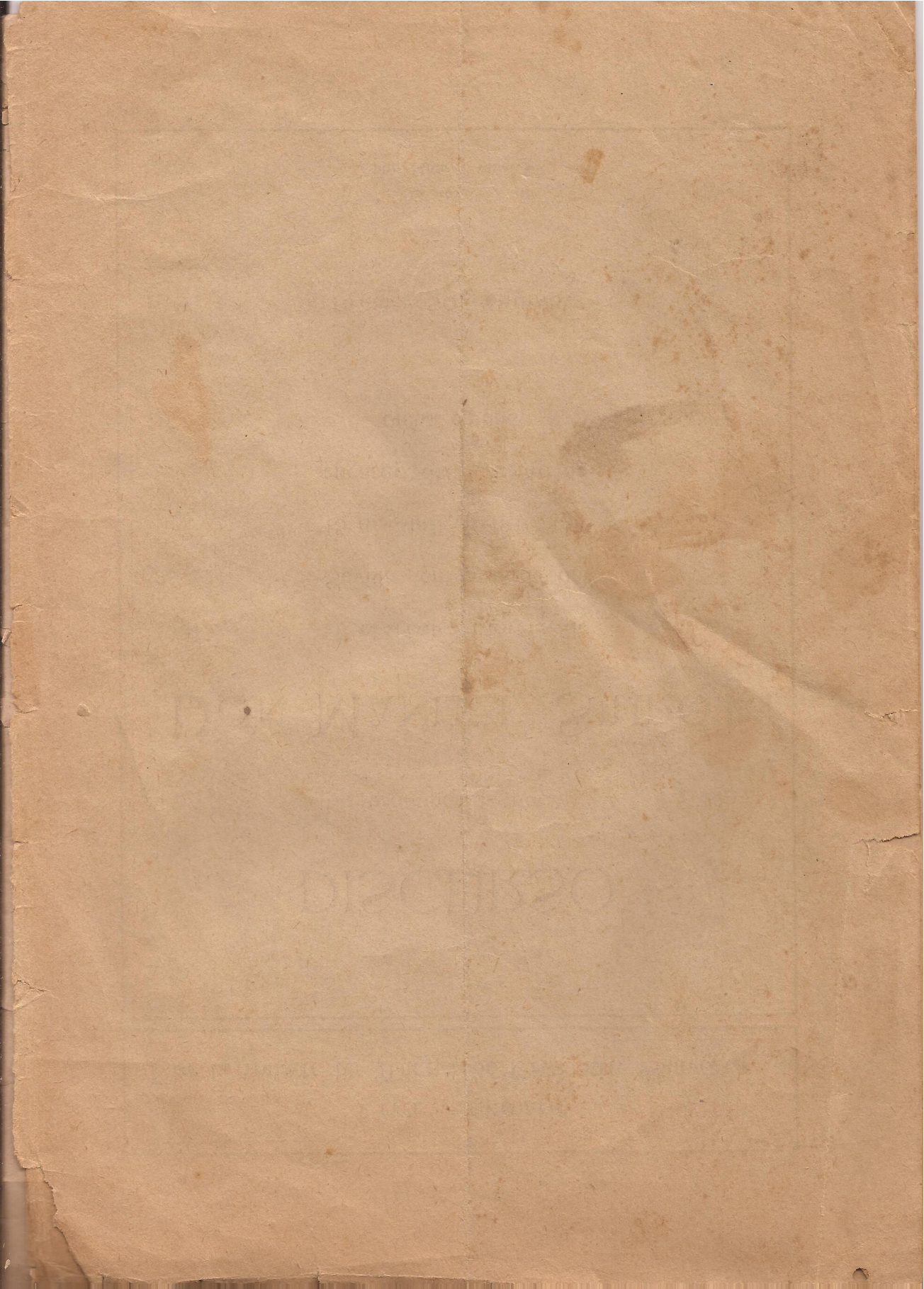
DON MANUEL SIUROT

en el Teatro Llorens de  
Sevilla, en la tarde del  
15 de Abril de 1916, por  
encargo del ATENEO de  
dicha ciudad.

Precio: 50 céntimos

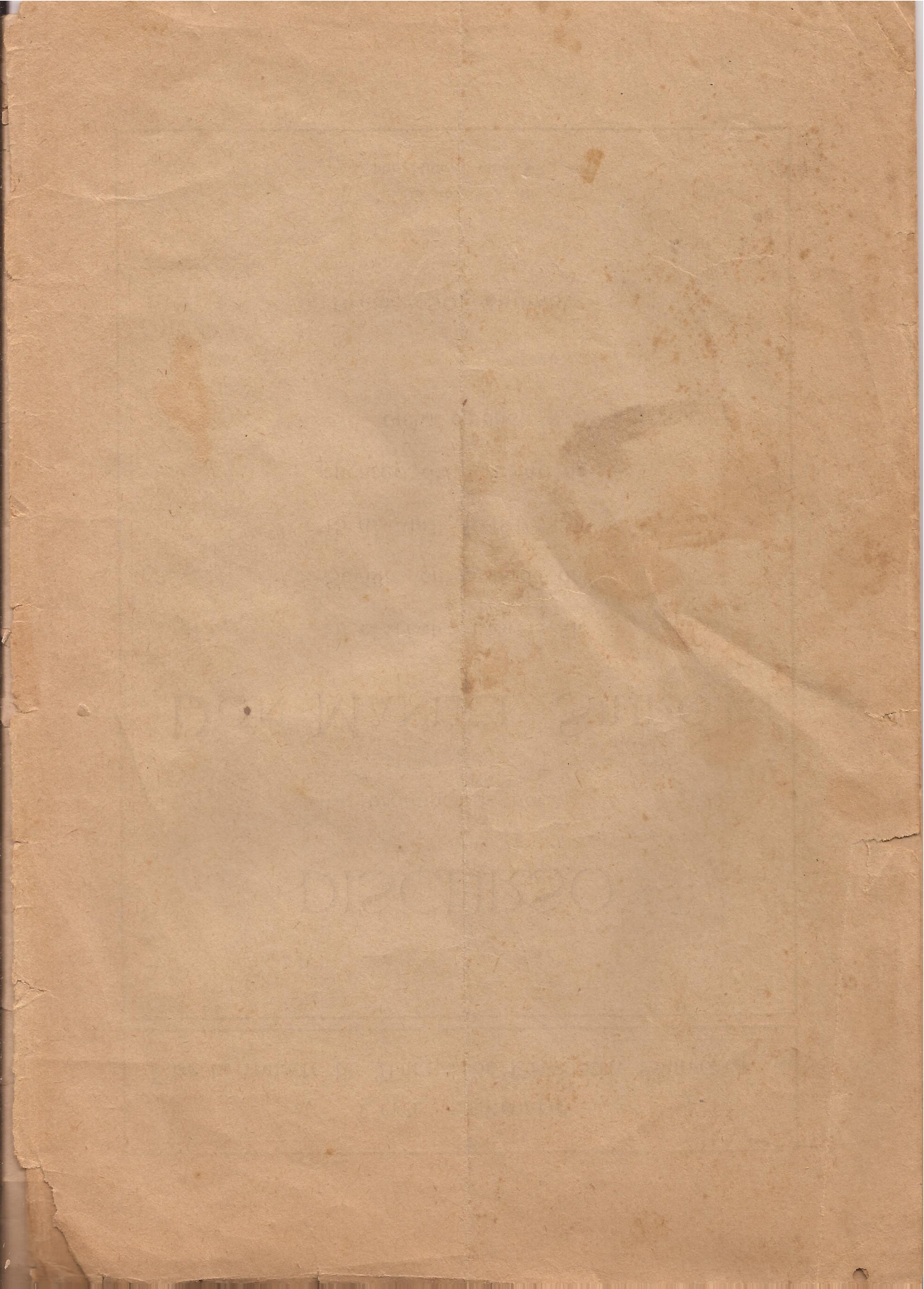
— 1916 —

Imp. Muñoz. - Huelva





MANUEL SIUROT



---

ROSA DE GLORIA

---

Yo no puedo, señores, cumplir mi deber esta tarde. ¿Cómo obsequio yo á estas bellísimas sevillanas? Porque si el Guadalquivir, cuando acaricia las orillas, produce esos azahares que son el símbolo de los amores de la ciudad y el río, el Tinto y el Odiel, venas sagradas por donde un día circuló la sangre creadora de América, cuando tocan en las orillas no crean flores; sus aguas no las beben los pájaros del cielo, ni producen perfumes en la tierra, porque están tocadas de la amargura eterna del mar.

Y yo he de buscar una flor. En los jardines donde yo trabajo, donde sufro y donde gozo, no se producen más que flores humanas. Ved una. Es un niño de cinco años, blanco y rubio, pero retostado del sol; sus pies están descalzos, sus pantorrillas al aire, y sus calzones tienen estalactitas en los fondillos y estalacmitas en el pernil. Despechugado, asoma por la desgarrada camisa una carne candeal; su cuello es fuerte y suave, y debajo de la maraña bravía de su inexplorada cabellera hay una frente arañada, unos ojos azules y unos dientes mellados. Con las manos metidas en los que fueron bolsillos y abierto de pié y pierna, se queda el angelito embobado delante de las mujeres de Sevilla. No tiene nada de extraño, porque ese niño pertenece á una raza cuyos individuos no saben mirar la luz sin ser al mismo tiempo sacerdotes de la belleza.

¿Y vosotras, qué véis en él? ¡Ah! sí, seguramente lo véis como la flor de un fruto, que es ya trabajo y miseria; porque ahora mismo, tan inocente, tan ángel de Dios y tan puro, ya le visitan la tribulación y las lágrimas. Su padre bebe mucho, su madre llora siempre, él no come algunos días y muchas noches de invierno han tenido que venir sus hermanos los ángeles á abrigarle con las alas para que no se muriera de frío. Pero por las mañanitas cuando sale el sol, que es el gran

amigo de los niños pobres y de los pájaros, el muchacho se envuelve en él, y el sol le acaricia, calienta y anima, poniéndole en la mirada ese rayo de energía, gancho de la eterna interrogación con que los niños hincan los ojos en las cosas.

¿Qué hacéis? Ya lo veo. Alzáis al chiquillo en lo alto, alargáis el elegantísimo busto, y en aquella frente arañada ponéis un beso. ¡Ya tengo una flor con que obsequiaros! El contacto de los labios de una bella con la frente de un niño pobre es una rosa de gloria, que pongo yo ahora mismo á los pies de las mujeres de Sevilla.

---

#### LA FIRMA EN EL ALBUM

---

Yo pensé al principio dar una conferencia sobre *Cervantes y los niños*, pero luego me arrepentí, porque se ha abusado tanto del afán de universalizar á Cervantes, que estoy conforme con un crítico extranjero cuando protesta de la tendencia representada por el Cervantes geógrafo, Cervantes político, Cervantes ingeniero, diplomático, abogado, ¡que se yo! Así, me dió horror de añadir un término nuevo á la lista de las irreverencias cometidas con el autor de *El Quijote*, y aunque hay indicaciones muy útiles en sus obras sobre esta materia de los niños, he querido abstenerme de poner al príncipe de nuestras letras en la honradísima clase del magisterio, para lo cual he dejado de colgar en el retablo de sus exvotos, este milagro más: *Cervantes maestro de escuela*.

No, ni de esto, ni de nada, he de dar yo conferencia esta tarde. Conferenciar es enseñar. Quédese esto para los ilustres maestros Montoto, Hazañas y Rodríguez Marín. No, yo no podré fraguar un discurso, porque arrancadas las ideas de las canteras del alma con el explosivo de la pasión, no sabré yo poner á estas ideas más alas de luz, que esa es la palabra bella del discurso.

Yo creo que solamente realizamos en el acto de esta tarde una función de culto externo. Vamos á sacar á la calle, al exterior, este

orgullo, esta honra, esta exaltación patriótica, que tenemos escondida en nuestras almas, porque Cervantes es nuestro, es español; y por eso, aquí, en íntima comunión ideal, entre todos realizamos el acto: vosotras con vuestra belleza, vosotros con vuestra cultura, todos con el amor á España, y yo, el último de todos, dándoos algunas impresiones mías sobre esta vieja patria, en relación con los elementos que integran la figura literaria y moral del *Ingenioso Hidalgo Don Quijote de la Mancha*.

No he debido venir; yo no puedo figurar al lado de las ilustres personalidades, que honraron y honrarán esta tribuna; pero la conciencia me gritaba: no seas cobarde, acepta, ve, y en nombre de los maestros por amor y de los niños pobres, en obsequio de esos deseos de grandeza para España, que te queman el pensamiento, en nombre de todas las miserias que conoces y de las reformas que anhelas, por tu fé, por tu sinceridad, por tu modestia, y sobre todo, en nombre de tus amores por Sevilla, ve y firma en el álbum, que la ciudad andaluza prepara este año en honra y prez de la primera firma de la historia.

---

#### EL HEROE VIVO

Voy á deciros mi primera impresión, mi primera idea: es esta: los españoles primero realizaron, vivieron *El Quijote*, y luego, lo escribieron. Cuando lo vivimos éramos grandes, cuando lo escribimos resbalábamos por el plano inclinado de la decadencia social. Es decir, que al revés de todos los procesos del tiempo, que siguen siempre el curso de ser primero leyenda y luego historia, aquí hemos vivido primero la historia y después hemos fabricado la leyenda. Hemos estado opuestos por el vértice al desenvolvimiento ordinario de la marcha natural histórica. Hemos roto el canon y saltado la regla, porque cuando España era lo que fué, no había ley ni cingulo, que circunscribiera la vida de mi patria. España tiene una vida tal, que cuando llegue á su plenitud

engañará á la crítica y asombrará á todas las generaciones, porque vá á parecer su vida una leyenda, siendo sin embargo una realidad aplastante.

Yo creo, señores, que la figura de *Don Quijote* es un compuesto de cuatro sustancias. 1.<sup>a</sup> La grandeza real del héroe vivo en nuestra historia. 2.<sup>a</sup> Forma literaria escultural nacida en el ingenio castellano y estimulada con el feliz contacto de Italia y de Sevilla. 3.<sup>a</sup> Grandeza moral, de la que Cervantes hizo abundante acopio en las terribles pruebas de Argel, y 4.<sup>a</sup> La risa á media risa, el humor, que le enseña después, la vida, la pobre vida, y muy especialmente la sevillana con todos sus contrastes y claro-oscuros, pasiones y pasioncillas, miserias, pequeñeces y desengaños, que da de sí la lucha entre lo ideal y lo real. Cuando el genio se ve oprimido por las fuerzas iguales y contrarias de lo ideal y lo real se escapa siempre por la resultante de la risa, del humor.

He dicho que cuando *Don Quijote* vivió la vida, éramos grandes. Veamos eso.

La Providencia, que rige á los pueblos en una forma tal, que bien puede decirse que Dios es el timonel de la Historia, había escogido á España para destinos inmortales. Dios guiaba la complicada vida de la Edad Media hácia el propósito de hacer de España una patria sin igual.

Luchan las ideas, que representan las disolventes testamentarias de Alfonso VII, Sancho el Mayor y Alfonso I de Aragón con las representadas por los divinos aglutinantes de Fernando I, Fernando III, Sancho Ramírez y Fernando V. Esta lucha de la unidad con la variedad se resolverá en una espléndida unidad varia. Ya es doña Isabel esposa de Fernando el Católico. Estamos delante de los muros de Granada.

La reina asiste personalmente á la campaña. Es una mujer, que lo mismo sabe hacer calcetas para sus hijos, que sabe hablar con Cis-

neros y discutir con Colón; es una hembra maestra en dominar con las artes de su amor sencillo y con las galas de su exquisita prudencia á aquel inmenso rey D. Fernando. Hé aquí una reina, que, olvidando que es mujer, ciñe la armadura, monta á caballo, arenga á sus hombres, dirige los combates, cura á los heridos y domina como nadie el corazón de sus guerreros. Ella sufre fríos, calores, penalidades, inclemencias; viste como una plebeya, come como un soldado, vigila como un guardia, piensa como un general y manda como una reina.

La guerra es dura, la fortuna varia. Una noche se quema el campamento cristiano. Los moros cobran aliento; los españoles se abandonan á la desesperanza y la tristeza. Al amanecer, la reina contempla el desastre, y, poniendo su mirada tranquila y augusta en la ciudad de Boabdil, expresa su irrevocable propósito de conquistar á Granada, y ordena que allí donde estuvo el campamento de tela, de lienzo, se levante una ciudad de piedra, que no pueda quemarse.

Los que buscan en la historia una fecha ó un dato para ser más eruditos, que cojan el camino que les dé la gana; los que buscáis en la historia una emoción para aumentar el patriotismo, venid conmigo, que os voy á mostrar en aquel amanecer el espectáculo de la primera luz del día resbalando sobre los minaretes del alcázar de Alhamar el Magnífico. La Alhambra está dorada al sol; una nube rosa colorea los misterios de la ciudad moruna, y allá en el fondo, ingente, altivo, el Muley Hacem con su corona de plata se recorta en el azul de la mañana. Los vapores del amanecer, respiración del alba, giran en formas indecisas sobre la cabeza del gigante. De pronto se concretan: ¿Qué es aquello? ¡Ah!, la nube ha tomado la forma de un caballo inmenso, lacio, flaco, y montado en él un caballero duro, seco, anguloso, hermano de Gonzalo de Córdoba, del conde de Tendilla, de Pérez del Pulgar y de Mendoza, el cual caballero, cuando oye en los reinos del idealismo las palabras históricas de la reina, levanta su visera, pone su lanzón en guardia, se alza en los estribos y extendiendo el brazo des-

comunal grita desde la altura á doña Isabel: ¡Oh, señora mía *Dulcinea de toda mi vida y de todo mi corazón*.

Sigamos acompañando á esta hermosura de nuestro *Quijote* real.

Es el día 2 de Enero de 1492. Se ha conquistado á Granada. Es este 2 de Enero la fecha de la mayor edad de España. El plan providencial va á cumplirse; y así como á un hijo, cuando entra en la mayor edad, el padre le enseña los bienes y le adelanta parte de su legítima, así en el momento mismo de la mayoría de edad de España, Dios abre el cofre de los tesoros de la Historia, lo muestra á nuestra patria, y le hace la donación de medio planeta, le regala América.

Y allá van por las tierras del regalo aquel puñado de héroes enteramente legendarios. Uno, lleva la ciencia, Colón; otro, el carácter, la voluntad, Martín Alonso; y mis paisanos los costeros, los humildes, la obediencia llevada hasta lo sublime. ¡Ah!, para un entendimiento razonable es aquella expedición de las tres pobres carabelas sencillamente una locura.

Llevan ya los luchadores dos meses de fatigas y de muerte arrojados en aquel infinito de lo desconocido. Dentro de la *Santa María*, los espíritus están quebradizos, difíciles. Estalla la sedición á bordo; el sentido común la impulsa. Prudentemente hablando, los sediciosos tienen razón. No quieren ir más adelante; Colón presiente la catástrofe y vacila. No tiene nada de particular que tiemble, porque hasta el Himalaya tiembla algunas veces... ¿*Qué hago?* pregunta por el telégrafo de señales á Martín Alonso Pinzón; y el hombre de mi costa, de mis ríos, exclama: *colgad de una antena á los revoltosos*.

No podía dudarse de que *Don Quijote* fuera en las gloriosas carabelas; el mar le ha salpicado sus espumas. Hasta ahora el héroe no se había dejado ver del todo, pero en este momento los hombres de la carabela *Pinta*, han visto asombrados que Pinzón está más seco, más alto, y en vez del bonete y la ropilla al uso, ven sobre su cabeza el yelmo de Mambrino, su cuerpo cubierto de una mal organizada

armadura, la adarga antigua en el nervioso brazo, la espada al cinto y los ojos centelleantes de indignación.

El sol enamorado de la escena envía un último rayo, que ilumina la frente de *Don Quijote*, y parece que dice, cuando se hunde por Occidente: *Tú eres el único que tienes razón, hidalgo caballero; la tierra nueva te espera, es tuya*. Y fué suya; porque, como he dicho ya en ocasión solemne, la virgen Atlántica ha huído durante muchos días hasta de la ciencia, resbalando fugaz delante de las atrevidas naves y esfumándose en los confines del mar y el cielo, pero desde este momento, en que la expedición va á cuenta de la virilidad y el carácter, la esquiva y selvática América se entrega en unos desposorios ideales, orgullo de la humanidad y de mi patria.

*Don Quijote* lleva luego á aquel mundo la fé de su creencia y el espectáculo de la cultura hispana. *Don Quijote* quemará más tarde las naves de Cortés, para iluminar con las luces del sacrificio del alma española aquellas primeras páginas de la estupenda historia americana. *Don Quijote* lleva á las tierras nuevas su sangre, su nobleza, su idioma. *Don Quijote* es el mejor colonizador del mundo: no conquista para guardar, conquista para engrandecer; no domina para aprovecharse, domina para dilatar los círculos de la idea y ennoblecer las jurisdicciones de la voluntad con las especies netamente españolas, que se llaman desinterés y abnegación. Nadie lo duda ya, *Don Quijote* es más humano que Grecia colonizadora, que Roma dominante, es más amplio y liberal que Cartago, que señala con la punta de la espada las mercancías que vende. *Don Quijote* es más puro y más noble que los grandes colonizadores modernos. Es uno, solo, sin igual, fecundo. Es la inundación de España en la historia, que se lleva por delante todo lo que no está bien seguro, pero que hace germinar toda tierra, que guarda en su seno semillas de progreso y de bien.

*Don Quijote* va á África metido en el sayal de un fraile franciscano. Cisneros, cuando aún no era Regente del Reino, señala obstinadamen-

te nuestros destinos en África y persuade al Rey Don Fernando á continuar las conquistas antes iniciadas en Mazalquivir y el Peñón de la Gomera.

Hay que conquistar á Orán. El porvenir de España lo exige, es una reclamación ineludible de la patria. Se opone á la empresa una gran dificultad, no hay dinero; así lo ha declarado el rey. Entonces, el fraile Arzobispo, que tenía todas sus rentas guardadas, porque en su persona no empleaba más que penitencia y ascetismo, saca el pecho fuera y se da el espectáculo nunca visto de que una gloriosa expedición, en la que actúan todas las fuerzas de la inmensa nación española, se haga á costa de un particular, pobre fraile, que para reunir aquel dinero ha pasado cien veces la plaza de tacaño, y recibido de la gran piara de los maldicientes injurias y denuestos. ¿Qué importa? *Don Quijote*, vestido como aquel hombre de Asís, que llamaba hermanos á los lobos, á las palomas, al aire, á la luz, á las estrellas, á las flores y al mar, entra triunfante en la plaza africana recibiendo el perfume de la victoria y otorgando á la victoria el perfume de su santidad.

Todas aquellas calumnias las tiene ahora Rocinante debajo de su herradura... ¡Qué contento está el honrado caballero, timbre y gloria de la andante caballería!

---

SIGUE LA HISTORIA  
DEL HEROE VIVO.

---

En Loja vive retirado un hombre-época, un hombre-tipo. Él ha asistido á la guerra de Granada; ha vencido á Carlos VIII, y son *Barleta y Ceriñola* su ciencia, su arte y su valor; ha derrotado á Luís XII y en el *Garillano y Mola di Gaeta* ha destruido el poder de Francia, que había mandado á las guerras de Italia la flor de sus gloriosos campeones: Bayardo, La Fayette, Sandricourt. Es el político genial que ha regalado un reino á su rey; es la simpatía encarnada en un capitán incomparable, el Cid castellano que se ha hecho andaluz: Gonzalo de Córdoba.

Pues bién, en los últimos días de su vida, despreciado del rey,

abandonado de los que buscan siempre privanza y favor, perseguido por la incomprensible antipatía de D. Fernando, pide á éste descansar en Loja para esperar allí la muerte. El rey accede, y le propone entregarle el dominio de la ciudad á cambio de retirarle la oferta, que le tenía hecha, del Maestrazgo de Santiago. Gonzalo de Córdoba, que sabe lo que aquello significa, sobrio, sencillo, socrático, me hace recordar con su contestación la que diera el príncipe de los filósofos griegos la noche de la cicuta: *que mejor quería morir obedeciendo las injustas leyes de su patria, que huir desobedeciéndolas*; pues ha hecho saber á D. Fernando, que él prefería la palabra de su rey, aunque incumplida, al dominio de un pueblo; al menos *le quedaría el derecho de quejarse, que para él valía más que una ciudad*.

Nada dicen las crónicas reales, pero en el cronista de la fantasía Cide Hamete Benengeli he leído, que cuando Gonzalo de Córdoba dijo esas palabras, se las dictaba amorosamente al oído el novio de doña Dulcinea, y á mí me consta personalmente, que *Don Quijote* tenía, en aquel momento, una cara exactamente igual á la del marqués de Spínola en el cuadro de *las Lanzas*, cuando recibe la espada del vencido. La cara de la nobleza hidalga y de la generosidad española.

*Don Quijote* va también á la Goleta y á Túnez, se hombra con Carlos V, mide sus armas con el pirata Barbarroja y lo vence. *Don Quijote* coge prisionero en Pavía al último caballero francés, y asiste á la más alta ocasión que vieron los siglos, pues en las aguas tranquilas de Lepanto ha visto hundirse el poder de los enemigos de la civilización cristiana; y él, que ha dominado el Atlántico con Colón y los onubenses, lanza ahora un vítor de triunfo sobre las azules aguas del Mediterráneo, y después de saludar como amigos, como hermanos, á los capitanes de Génova, de Venecia y del Papa, estrecha contra su corazón á aquel príncipe D. Juan de Austria, sangre de su sangre, hijo de su raza, nervio de su estirpe, honor de España, que cierra con broche de oro el periodo en que *Don Quijote* hizo la vida real de nuestra historia.

Sí, *Don Quijote* salta en este preciso momento de la historia á la leyenda.

Allí, sobre la gloria de Lepanto, le viene á la mente el disgusto, que consigo traía de antaño, por el caríz que iban tomando las cosas de la patria, y ahora, desde las alturas morales de la victoria, hundiendo la vista en el porvenir, ve que la decadencia viene, tiene el presentimiento del eclipse total de las virtudes triunfales, adivina cómo la política destruirá su obra, cómo los validos de los reyes, desgobernarán su herencia, y sobre todo siente sobre sus nervios las desgarraduras del manto imperial de la patria; y allí mismo, llevando todavía en su pecho el contacto heróico de aquel abrazo que diera al hijo natural de Carlos V, sale de la galera *Real* donde iba el de Austria, y se embarca en la *Marquesa*, donde hay un soldado herido en el pecho y en la mano. El soldado en el hervir de su calentura siente que el Hidalgo Manchego se entra por las puertas de sus heridas y toma posesión de su alma. Señores: *Don Quijote* ha dejado la vida real para vivir dentro de la frente de Miguel de Cervantes Saavedra. Cuando pase un poco de tiempo abandonará la frente de Cervantes, y muy distinto de como entró, se escapará para vivir en el libro inmortal de su leyenda.

---

EL ARCO VOLTAICO

---

Decíame un niño en mi escuela:

*es malo siempre?*

—*Casi siempre.*

—*¿Y escribir no es siempre bueno?*

—*Casi siempre, también.*

—*¿Entonces, si usted dice que Cervantes es el mejor escritor del mundo, cómo es que va á guerrear? ¿Si es tan bueno, por qué echa guerra?*

Los chiquillos de la clase, con las preguntitas del compañero, están interesadísimos en ver qué contesto yo. Yo digo:

—*A ver si entienden ustedes ésto: Sea, por ejemplo, una espada. ¿Veis?*

*Corta, pincha, mata. No cabe duda que es éste un instrumento de muerte, enemigo de la humanidad. Pero algunas veces, muchas veces, esa espada civiliza tanto como las mejores plumas. ¿No os acordáis de la espada de las Navas de Tolosa? ¿Se os ha olvidado la espada de Poitiers?*

*Será la misión de la espada algo negativa, pero convenid conmigo en que ha civilizado tanto como la pluma.*

*¿Qué es esto? Ya lo véis, una pluma. Los chiquillos al tomar yo la pluma en mi mano, han llegado al colmo de la atención.*

*Esta es, digo, la antena de las divinas creaciones: esta antena recoge la vibración de fuera, unifica la espiritualidad de dentro, y hace surgir la bella palabra escrita, comunicación admirable de las almas con las almas. ¿No es verdad que es un instrumento de civilización?*

*Sin embargo, algunas veces, muchas veces, esa pluma mata, deshonra y arruina como las más perversas espadas. Ahí están las plumas de Avellaneda y Blanco de Paz; ahí, las de todos los calumniadores del mundo.*

*Es decir, que hay espadas que escriben más que las plumas y plumas que matan más que las espadas.*

*Será la parte más alta del monte de la perfección reunir la espada civilizadora y la pluma buena. Y yo os digo: Poned en el arco voltáico la corriente negativa de la espada de Lepanto y la positiva de la pluma del Quijote, y vais á ver que en el centro saltará la divina chispa, que se llama Cervantes. Hijos míos: recoged esa bendita luz, que es la luz de España, y alumbrad con ella vuestras conciencias; achicharrad con el fuego de esa chispa todos los pesimismoes de la vida, para que seamos grandes, para que seamos patria.*

---

### CUANDO LO ESCRIBIMOS ERAMOS DECADENTES.

---

Afirmé yo antes, que al refugiarse *Don Quijote* en el libro estaba España en plena decadencia social.

¿Cuales pueden haber sido los motivos de ese decaer? Muchos señala la crítica. Casi todos importantes, pero secundarios.

Clarísimas son las famosas representaciones del Consejo de Castilla á Felipe III para reformar las costumbres del reino y poner un

dique á su decadencia. Con más ó menos razón todos los historiadores ponen nombre á la enfermedad de España en ese tiempo; pero tengo yo una convicción apoderada de la zona más ancha de mi espíritu, y es, que cuando algunos investigadores han puesto la vista en el oro, que venía de América, he tenido la sensación clarividente de ser esta la principal causa de la famosa retirada de *Don Quijote*.

Hicimos nosotros un cambio malísimo con América. Mandábamos allá hombres y cultura, que todo eso es vida, y recibíamos oro, que casi siempre es muerte.

Es claro, que el oro, que enterramos en el surco del agricultor, el que quemamos en las calderas de la industria, el oro que ponemos al servicio de la ciencia, de las artes, de los descubrimientos, el oro en fin, propulsor de grandes consuelos para la humanidad, vida es sin duda.

Pero el oro, que trae aparejadas vanidad y pereza, el que llena las arcas sin trabajo y produce en el alma la mortal dulzura de no preocuparse de nada y en el cuerpo el cruzamiento de brazos, cerrando para la patria el mundo de la producción y la parte activa en el progreso, ese oro es muerte y decadencia y ruina. Ese oro divertirá á una generación, pero matará á las siguientes.

Nuestros abuelos, conquistadores, descubridores, colonizadores, eran sencillos y austeros. Para las atenciones de la vida nacional bastaba el movimiento industrial de Sevilla, de Valencia, de Toledo, de Zaragoza, de Barcelona. Para el comercio eran buenos nuestros galeones.

Pero llega el periodo culminante de las remesas á España del oro americano, y empieza á cambiar el aspecto de la patria, porque se desatan las mercedes, concesiones, donativos de los reyes y gobernantes á favor de nobles, aristócratas, guerreros y de las personas agradables al poder por las distintas causas de la complejidad política.

Y como ese oro, que se recibe, viene á título gratuito á llenar las arcas de los elegidos, y cuando se acaba, viene más y más, y parece que no ha de concluirse nunca, pues ha habido año que han entrado por las Atarazanas de Sevilla más de 300 carros de oro y plata en

polvo y barras, tendremos que los ricos, los nobles, los directores, como lo tienen todo tan fácilmente, no establecen industrias. No hay negocios. No hay más negocios que las guerras, que se llevan una buena parte del dinero ultramarino. Los pocos negocios, que de antiguo había, empiezan á desaparecer: Ya no vienen las naciones—dice vuestro analista Ortiz de Zúñiga—á Sevilla por mercaderías; ya no vienen por tejidos de oro, tafetanes dobles, rasos y todo el beneficio de la seda; sólo buscan los extraños en nosotros nuestras barras y reales de á ocho.

Y como los pobres no reciben oro de América, y por otra parte, no hay trabajo, ni salarios, y vivir hay que vivir, resulta como lógica consecuencia de todo esto, que la sociedad estará dividida en dos partes: los que tienen el oro, que vivirán muy bien, y los que no lo tienen, que se dedicarán con alma, vida y corazón á robarlo. Por eso, sobre esta complicada esquina de los siglos XVI y XVII podemos poner este anuncio:

*En este glorioso solar  
no quedan más que ricos y pícaros.*

Unid á esto la natural indolencia de la raza, proverbial desde los iberos hasta nuestros días, y no cabe duda que á este tiempo podrán aplicarse mejor que á ninguno aquellos alejandrinos de Zorrilla:

Las horas y las fechas equivocarnos siempre,  
el deshacer lo hecho sin plan ni previsión,  
lo desatentado de cada nueva idea,  
lo descompaginado de cada instalación,  
el discutir eterno, el llegar siempre tarde,  
echarlo todo á broma y encomendarlo á Dios.

Cuando un noble es austero y tiene por misión defender su patria y cuidar su modesta hacienda, el principal embellecimiento de la casa, del castillo, es la variedad de su armería y el archivo de las glorias suyas y de sus abuelos. Pero á ese noble lo enriquecéis, lo colmáis de oro, y entonces vais á ver, que al lado de sus antiguas aficiones irán naciendo insensiblemente costumbres más refinadas; y así, junto á la

exposición de sus armaduras, se levantará poco á poco la rica biblioteca con incunables de gran valor; junto á los trofeos de la guerra, colgará el magnífico retrato, que pintara algún maestro favorito, y junto á la caballeriza de sus alazanes y palafrenes, florecerá el jardín con estatuas de sensual refinamiento; y aquellas veladas secas, sobrias, ascéticas, endulzadas alguna que otra vez por la lectura de un pergamino, ó por la visita de un compañero de armas, irán sustituyéndose por lecturas amenas, trovas, música, bailes espléndidos, banquetes donde toda elegancia tiene su asiento, y por último, el trato personal con los magos creadores de la belleza, por medio de la palabra, de la plástica y del sonido.

Por eso Velázquez no pinta cuando tenemos las virtudes primitivas, fuertes y emprendedoras, sino cuando se nos declara rota la mano y constituye la vida nacional una inmensa malversación de fondos. Quevedo no sabría qué hacer con el agujón de su ingenio, si no tuviera á mano á tanta desgobernada criatura á quien tender en el anfiteatro de su crítica. Lope no escribe sus comedias, ni Calderón sus dramas, cuando las costumbres son puras, los hábitos sencillos, la honestidad un culto, el honor la vida, y la fé de Cristo la luz universal de las conciencias, sino cuando hay *agravios que deshacer, entuertos que enderezar, sinrazones que enmendar, abusos que mejorar, deudas que satisfacer.*

¿Es verdad que después de estas consideraciones, ya nadie se extrañará de que *El Quijote*, obra fundamental, torre fortísima, haya podido nacer en un ambiente de decadencia y ruina?

Si no temiera incurrir en el pecado de pesadez, os dijera que no conozco en la historia florecimiento de las artes y las letras, sino cuando la decadencia está próxima ó ha venido ya.

Pericles tiene dentro de su política el virus de la degeneración helena, y apesar de ello, Fidias el inmenso es su hombre. Las guerras del Peloponeso trajeron como consecuencia un estado social capaz de arrancar de la frente de Sócrates el resplandor de la vida. En el cielo donde brilla la estrella de Platón no alumbra ya el sol de la grandeza de los griegos, y no obstante, á la fuerza de Fidias sucede-

rán la gracia de Praxiteles, la pasión de Scopas y la elegancia de Lisipo. Las conquistas de Alejandro aumentan momentáneamente sus dominios, pero deshelenizaron á Grecia, porque el cetro de las artes, de la filosofía y de las letras se desprende de las manos de la divina Atenas y va á decaer en Antioquía, en Alejandría, en Pérgamo; y no obstante, en medio de la decadencia ateniense se esculpen el Apolo del Belvedere y el Gladiador herido.

Dante escribe su libro, cuando la libertad, el decoro y la fortaleza ciudadana de su patria están por el suelo.

Venecia sigue la ley. Ha dominado á turcos, á dálmatas, á todos los pueblos, que baña su novelesco mar. El Adriático es, según Alarcón, una escapada romántica que hace el Mediterráneo para enterarse de los secretos de los Alpes. Venecia está fuerte, poderosa. Pero poderío es riqueza, y la riqueza lujo, y así, Venecia tiene que invocar á los grandes genios del colorido para que pinten carnavales, que no se concluyen, vestuarios, que deslumbran con su seda y su oro, aristocracias perfumadas derrochadoras de las energías, que reunieron sus antepasados, perlas, que adornan cuellos de alabastro y rosa, cabellos rubios como las alboradas, negros como la noche, labios de fresa, carnes de raso y sonrisas de Venus.

¿Qué es esto? Una sociedad en decadencia. ¿Y qué más? Una demostración de artistas incomparables: Giorgione, Tiziano, Tintoreto, Veronés, Palma...

...¡Ah! siempre lo mismo: las abejitas del arte fabricando sus panales de miel en los huecos carcomidos de los troncos, que empiezan á morir.

Eso en la Historia. ¿No pasa lo mismo en la naturaleza? Mirad: *El Quijote* es el fruto más dulce, más maduro, más sano del árbol de España. Y decidme: ¿no habéis visto en el orden natural que cuando un árbol tiene su fruto maduro es cuando el árbol está peor? Las hojas palidecen, las ramas se secan, la tristeza le envuelve, el sol resbala por él, como resbala por las caras de los enfermos; hay una sensación de angustia. El árbol moriría de seguro, si un nuevo Abril no

viniera luego llamando quedamente en su corteza con unas canciones de amor, diciéndole: *levántate, alégrate*.

---

## IMPRESIONES DE ITALIA

---

Me toca ahora determinar qué trato, qué acogida, qué atenciones se han guardado en las regias estancias del entendimiento de Cervantes con aquel huésped ilustre, que un día de victoria y heroísmo se entrara por las sangrientas ventanas, que el deber abrió en las carnes del soldado mártir de Lepanto.

Por lo pronto, Cervantes ha ofrecido á *Don Quijote* la cama bien mullida, limpia y olorosa, de aquel ingenio suyo, que no ha tenido igual en las imaginaciones humanas. Cama olorosa, que trasciende á campo, á prado, á monte; con aromas de cantueso y manzanilla, con perfumes de poma madura, que acarician los sentidos é invitan al descanso, sin que padezca un punto la virilidad austera ni la continencia triunfante. *Don Quijote* descansa allí de sus bregas, de sus batallas, de sus conquistas. *Don Quijote* descansa allí de sus laureles.

En la mente de Cervantes, en el nido de águilas de la mente de Cervantes, *Don Quijote* recorre Italia. Cerdeña le obsequia con su vida pastoril; la sencillez de sus habitantes le encanta, y la mezcla de costumbres cristianas y paganas le producen admiración y extrañeza; más tarde sabrá el caballero manchego tratar y convivir con pastores y zagalas, cuando se lance á las hazañas portentosas del libro de su leyenda.

Génova le enseña la abigarrada poesía de su puerto. Aquél es el punto de partida de mil aventureros, que se lanzan á lo desconocido en busca de fortuna y de tesoros; pequeños Quijotes que no tienen del ilustre y noble Hidalgo más que el punto de partida, porque en realidad se parecen más á Sancho en la finalidad que persiguen.

Sicilia y Nápoles le hacen probar los vinos de sus cepas maravillosas. Vinos, que una vez bebidos, encienden en el alma la inacabable borrachera del arte y de la poesía. Las cenizas del Etna y del Vesubio tienen una particular propensión á aristocratizarlo todo. Allí es ultradelicada la luz que pinta á la montaña; es todo aquello un altar

en que la naturaleza canta un himno sugestivo de amor, y no contenta con alumbrarse los días con el sol y las noches con la luna enciende también la luz de los volcanes, á cuyos resplandores misteriosos engendró nuestro héroe fantásticas aventuras, incompatibles, por la delicadeza de su trama, con las ásperas realidades de la vida.

Italia toda le enseñó sus encantos, sus amoríos, su libertad; le mostró los esplendores del Renacimiento, las gravedades geniales del Buonarrotti, la elegancia de Rafael, las transparencias coloristas de Tiziano, las dulzuras místicas de Angélico y los miedos de Orcagna.

En boca de interesantísimas mujeres ha oído *Don Quijote* versos de Petrarca, y en las ocasiones solemnes tercetos de la *Divina Comedia*; á los gigantes y á los caballeros los verá campear en las estrofas áureas de Ariosto. Allí, Torcuato Tasso, que poco tiempo después subirá al Janículo para morir de amor con la brújula del pensamiento puesta en el eterno norte de la ingrata Eleonora; *Don Quijote* se recreará con los libros de Boccaccio y con las fastuosidades del Are-tino, y finalmente allí aprenderá aquel último y definitivo buen gusto de la vida y de las letras, aquella suprema distinción de Italia, elegantísima espiritualidad con que ella convida siempre á los que se enamoraron de su belleza, y grabaron con mano temblorosa sus cifras en el tronco del árbol secular de su hermosura.

---

#### ENSEÑANZAS DE ARGEL

---

Si Italia ha sido para los dos hidalgos, el real y el imaginativo, una sensación de optimismo y buen gusto, Argel les está esperando para poner sobre sus frentes la corona de espinas de una pasión, que dura cinco años.

Contrista el ánimo la consideración de los bárbaros tormentos, que el Príncipe de los ingenios españoles sufrió en aquella tierra de piratas, judíos y moros. Se siente honda angustia por la persona de Cervantes, pero yo me alegro de todo corazón por la persona literaria de *Don Quijote*.

Argel es la escuela del dolor para el ilustre caballero. Allí incor-

poró Cervantes á la sustancia primitiva, real, de su héroe, las virtudes admirables, que solo el dolor sabe enseñar. Allí aprendió *Don Quijote*, que había sido valiente con los demás, á ser valiente consigo mismo; él, que había sido siempre vencedor, aprendió á ser vencido. Aguantó en su rostro la bofetada, en su frente el salivazo; cadenas mordíanle los pies, esposas heríanle las manos.

Hambre, sed, miseria, enfermedades; ¿qué es todo esto comparado con la injuria insolente, la procacidad intolerable, la mofa continua y el latigazo por razonamiento?

Varias veces intentaron la fuga. Sólo se consiguió aumentar los castigos.

Allá va una carta admirable, en sentidísimos tercetos, para Mateo Vázquez de Leca, antiguo camarada de Cervantes, que ahora está en la Secretaría de Felipe II, pidiendo redención para los miles y miles de españoles, que viven muriendo en las cárceles de aquellos bárbaros comerciantes de la carne humana y de la libertad. La carta se disipó en el cielo revuelto de la Corte.

En varias ocasiones, por distintos conductos, se quiso reunir dinero para libertar al pobre, glorioso soldado. ¡Siempre el fracaso!

Y el soldado, cada vez más enérgico, más puro, más caritativo, más ángel consolador de sus hermanos de cautividad. Él quisiera quedarse allí por todos; él quisiera morir por todos los que tienen que morir. Su alma se ha sublimado en la tribulación. Se han dilatado los meridianos de la grandeza de su alma.

A *Don Quijote* le han brillado los ojos con reflejos de Dios un día, que ha visto á un pobre fraile mercenario despedirse voluntariamente de la libertad y entrar en prisiones, en hambre y torturas, para que unos cautivos españoles respiren el aire del hogar y de la patria. Fray Jorge del Olivar será un modelo para todas las redenciones, que en el mundo del deseo realizará más tarde el hidalgo caballero *Don Quijote de la Mancha*.

Están las esperanzas perdidas, pero están todas las energías en pié. El encanallamiento de la esclavitud no ha sido tangente ni en

un solo punto con el alma nobilísima del gran escritor. La fuerza de su ánimo, la energía de su juventud y el aliento de la fé cristiana, le salvan y le sostienen.

Como todo el sufrimiento de la cautividad, los golpes y las injurias se producen siempre por causa de la condición cristiana de los presos, va á resultar que el cristianismo, en vez de apagarse en la conciencia de los cautivos, crecerá más y más, porque aquellos bárbaros verdugos ignoran que no hay mejor riego para la planta de la fé, que el agua saludabilísima de la persecución.

Y como es muy de nuestra España hipotecar el noventa por ciento de las creencias religiosas al culto de la Virgen, porque seremos creyentes ó no creyentes, píos ó impíos, blancos ó negros, pero siempre habrá en el fondo de todo corazón español un último suspiro para la Pilarica, para la Monserrat, para la Virgen de los Desamparados, para la Virgen de los Reyes, para la Virgen de la Cinta, allá, en el Baño del Rey, en la cárcel africana, cuando las puertas se cierran, y el día pasa sin una sonrisa y la noche viene sin una esperanza, cuando agobian al espíritu recuerdos de la patria, dolores de la familia, lágrimas de los que se aman, cuyas caricias se perdieron para siempre; cuando no hay remedio en lo humano y ha fracasado lo natural, con la lente de nuestra desgracia recogemos los puntos dispersos de nuestra fé y el rayo luminoso de la creencia nos alumbra el camino de misterios de lo sobrenatural, buscando un poco de consuelo para el pobre, triste, fatigado corazón humano.

¡Qué bellísimas poesías ha escrito el soldado poeta pidiendo el amparo de la Virgen! No cabe duda, que forma este sentimiento mariano parte muy importante de la recia arquitectura moral del hombre, que escribirá el *Quijote*, y del héroe, que campeará en las páginas del libro inmortal.

Un día, el fraile Juan Gil pone en la mesa del codicioso pirata Azán 500 escudos de oro, y Miguel bebe, por causa de esta hermosa

caridad trinitaria, el agua pura y cristalina de los ríos de la patria.

En resumen, ¿qué han aprendido él y su héroe, en aquel purgatorio de la cautividad? Han aprendido á ser pacientes, á ser resignados, á ser humildes; á ser grandes y dignos en la tribulación; á ser humanísimos con los caídos, con los que sufren; han puesto dentro del dibujo aristocrático de *Don Quijote* la más pura y amplia democracia, que jamás vieran las gentes; han aprendido el arte divino de escribir con lágrimas sin que se advierta el llanto; han descubierto el filón de la augusta moralidad del dolor para el libro del ingenioso hidalgo, que se escribirá después.

---

LA RISA A MEDIA  
RISA, EL HUMOR.

---

He visto al héroe en la vida real, sano y fuerte. Con respecto á la creación cervantina fué aquél sólo un molde, un fondo, un tipo de comparación y referencia.

El héroe vivo estaba lleno de salud; el héroe legendario es esa misma personalidad enferma por causa del desastre ruinoso de la patria.

La belleza literaria del *Quijote* es aplicable, si queremos, á la *Galatea*, á las *Novelas* y al *Persiles*; la grandeza moral ha podido incorporarse lo mismo al *Ingenioso Manchego* que á otra obra cualquiera de Cervantes: sólo la risa á media risa, el humor, última de las substancias que yo hice entrar en el formidable compuesto, es exclusiva del *Don Quijote*.

El humor es la más alta situación del ánimo. ¿Quién lo enseña? La vida. ¿Quién lo aprende? Solamente puede ser discípulo en esa escuela el genio. ¿Cuándo lo aprendió Cervantes? Siempre, pero muy especialmente en Sevilla. ¿Cómo? En el terrible contraste de las magnificencias de su ingenio con la pequeñez del mundo, que le acosa y maltrata. Por eso Sevilla, nuestra Sevilla, es no sólo la patria material del libro rey, sino su patria moral también.

Sevilla es la aspiración de todos los soñadores del mundo. Por una sola cosa me alegro yo de no ser sevillano: para poder amar á Sevilla como novia. Vosotros, los que nacisteis aquí, la amáis con amor de madre, amor puro, fuerte, intenso. Yo no, yo la adoro y la deseo; yo la pienso en mis ausencias como se piensa á la hermosa, que llegó á interesarnos; yo siento cuando me voy acercando á Sevilla la dulce inquietud que sentía al aproximarme á la reja de mi juventud. ¡Ah! los que se casaron y no tuvieron ventana disfrutarán de excelentísimas esposas, pero yo digo que no tuvieron novias.

Sólo los que esperaron al pié de la reja, dibujando sus deseos con suspiros, contando las estrellas de la noche, inquiriendo los ruidos de la calle, dejando pasar las horas silenciosas, y componiendo madrigales eternamente inéditos, sabrán entender lo que he querido decir cuando he dicho, que mis amores por Sevilla son los amores de un novio.

Sevilla tiene siempre un obsequio para todos los que vienen á ella. ¿Sóis artistas? Os dará modelos inmortales. ¿Sóis pensadores? Ahí está la claridad de su cielo, símbolo de la claridad del pensamiento. ¿Poetas? El misterio de sus noches, de sus leyendas y de sus mujeres. ¿Místicos? Todos sabemos que su Catedral es un pedazo de cielo aprisionado por el abrazo artístico de las cresterías góticas. ¿Sóis enamorados? Pués ahí están sus claveles rojos, sus ventanas y su Paseo del Río. El Paseo del Río con su luz dulce, su entonación amable y su fondo de limoneros es el foro de la elegancia andaluza. En algunos de esos limoneros he visto la más perfecta semejanza del corazón humano, porque en una misma rama había flores de azahar y limones maduros; ilusión y realidad reunidas; dos hermanas que tienen que vivir juntas para que sea posible la vida.

El Paseo del Río es el sitio donde la mujer de Sevilla va á sostener diariamente la fama mundial de su hermosura; donde los hombres van á contemplarla, y donde todos van á gustar, á saborear, ese tanto

por ciento de poesía, fruto de la tierra, á que los andaluces, por la gracia de Dios, tienen derecho. Y ahora que hablo del Paseo del Río, permitidme, bellísimas sevillanas, que os haga un ruego. Cuando en el Paseo, se os quede admirado, aielado, uno de esos pobres estudiantes de tacón torcido, pantalones con alifafes y rodilleras, codos brillantes y corbata contrahecha, por Dios que no le despreciéis; que ese muchacho, que os admira, estudia á Hipócrates y Galeno, á Justiniano y Apiano, ó tiene en la cabeza una batalla formidable entre Kant y Hegel, entre Krause y Spencer, y son solamente vuestra dulzura y el encanto de vuestros ojos los digestivos de ese galimatías, que el pobre mártir de la ciencia lleva como una cruz sobre sus risueños abriles. ¡Ah, cuántas veces en el Paseo del Río, con mis tacones torcidos, con mis ingentes rodilleras, curé yo de las fiebres cogidas por las respetabilísimas indigestiones de la ciencia..!

Es verdad que Cervantes no pudo conocer el Paseo del Río, pero bebió la inspiración de la sonrisa sevillana en el *Arenal* famoso, donde había árboles y flores, comercio, vida, belleza y picardía. Él paseó á su héroe manchego por aquella orilla trianera del río, desde el Convento de las Cuevas, que más tarde inmortalizaría Zurbarán con lienzos incomparables, hasta San Juan de Alfaraiche. Él lo llevó á la Alameda, reconstruída en tiempos de Felipe III, á las ventas, á los huertos; él ha ido con *Don Quijote* á Charco Redondo para que viera el retiro de aquel portento del saber, Arias Montano, que un día hizo un nido de ciencia en las cumbres de Trento, y otro, un nido de humildad en la cumbre de los Ángeles de la simpática serranía de Huelva.

*Don Quijote* se ha maravillado cuando ha visto la Torre del Oro retratada en los cristales movedizos del río; ha creído ser D. Pedro I de Castilla y soñado imaginaciones mudéjares delante de los torreones del Alcázar, y le ha salido el más grande suspiro de su corazón cuando vió por vez primera la Giralda, esa mora bautizada que tiene

carne árabe y creencias de Cristo, y es la más perfecta cristalización de Andalucía.

*Don Quijote* ha rezado en la Catedral delante de los cuadros de Alejo Fernández, Luis de Vargas y Roelas; ha puesto su rodilla en tierra en el altar de San Fernando y de la regia Patrona de Sevilla, y ha tenido en sus manos temblorosas por la emoción la espada, que el rey santo hiciera rebrillar al sol un día glorioso de mil doscientos cuarenta y ocho...

Sevilla era en los tiempos cervantinos la ciudad más interesante de España, y como dijo un ecijano ilustre:

Tan populosa, que haciendo  
montes de soberbias casas,  
impedir quiso que el Betis  
tributase al mar de España,  
y él rompiendo por enmedio  
parece que agora aparta,  
de la una parte á Sevilla,  
de la otra parte á Triana.

Cervantes no conoce en la gran urbe á los intelectuales consagrados. Herrera, divino en sus versos, es absolutamente intolerable en su trato; Baltasar de Alcázar, el jugoso poeta, se andaba por las altas regiones de la aristocracia y no llegaron hasta él las modestas andanzas del autor de la *Galatea*, y Pacheco, con sus tertulias de alto copete y sus maestrías pictóricas, no le conoce.

Es natural que la poesía académica, cultísima, no recibiera desde el primer momento á Cervantes: era este el polo opuesto, río que llena el cauce social viviéndolo todo: lo bueno, lo malo, lo alto, lo bajo; adaptándose á todo, sensibilizándolo todo y sacando con el eslabón de su experiencia y su genio chispas luminosas, de esa piedra compacta de la vida, que lo mismo tiene una veta de *Don Quijote* que de *Rinconete*, un refrán sabio de Sancho que una ganada de Haldudo; que lo mismo tiene una cárcel para el genio que

una flor sangrienta en su pecho, ganada en días memorables para la humanidad y la patria.

Conoce, sí, á Jáuregui, á Luis Vélez de Guevara y á Mateo Alemán, como Cervantes curtido de la vida, como él desengañado, como él filósofo, lleno de humanidad tolerante, y como él cosechero de ingravitudes y olvidos. Asiste, según opinión de Rodríguez Marín, á la tertulia ultrademocrática de Ochoa, donde se murmura en verso y prosa de los grandes maestros, y donde, entre risas, se pone en solfa la mayestática influencia de Lope, que, á fuerza de dominar y vencer siempre, había llegado á convertirse en un rey irresponsable del reino espiritual de las letras.

Pero no es por estas disparidades y convivencias por lo que Cervantes crea y escribe su libro en Sevilla.

Cervantes, no recibido por los grandes, se acoge á los pequeños y vive en Andalucía una vida de pobreza y estrechez, conociendo así en su propia salsa toda la degeneración á que se ha entregado el gran pueblo, todas las grandes injusticias de que son instrumentos los poderes públicos y la desigual colocación de los peones en el juego interesante de la vida.

Cervantes sabe que de Felipe III había dicho su padre: *Me temo que me lo han de gobernar*; y efectivamente, lo estaban gobernando del modo más desafortado del mundo. Él conoce á aquellos favoritos del rey, menos que medianas medianías, indignos de tener en sus manos las riendas de los más extensos dominios de la tierra. ¿Quién no se avergüenza de aquella requisa de la plata labrada, ni de aquella limosna, de puerta en puerta pedida, para sufragar los gastos del rey, á cuyas prodigalidades no daban abasto todos los galeones del mar, aunque esos galeones trajeran oro y perlas; ni de aquella escandalosa venta de cargos públicos sacados poco más ó menos á subasta; ni de aquella desmoralización de los negocios de Estado; ni de aquel vergonzoso funcionar de la justicia? Mateo Alemán, en su *Atalaya de la*

*vida*, dice: «Al juez dorarle los libros, al escribano hacerle la pluma de plata, que entonces ni letrado ni procurador hacen falta.» En toda la novela picaresca es una especie circulada, como la cosa más natural, que con *unto de México* se curan todos los males de justicia.

Antes había escrito Santa Teresa que jamás vió injusticias como las que se hacían en Sevilla. Y *Don Gregorio de Guadaña*, libro posterior á Cervantes, y el que tengo como de singular ingenio, porque juegan en él la frase y el gracejo un prolongado juego de solaz y esparcimiento de ánimo, dice, que los escribanos son los ángeles de guarda de los jiferos de la Puerta de la Carne.

Recuerdo á este propósito una anécdota antigua sevillana. Estaba un loco viendo como un gorrión entraba y salía por el agujero de una vieja pared. Un escribano llegóse á él con ánimo de divertirse, y tocándole el hombro, le dijo: *¿Qué haces así bobo?* Y el loco, cual si tuviera cuerdisimo talento, contestó en el acto: *Estaba considerando la diferencia que hay entre ese gorrión y tú.—¿Cuál es?*—pregunta el escribano.—*Pues... que ese gorrión con tantas plumas como tiene, entra fácilmente por un agujero tan chico, y tú, con una sola pluma, no vas á poder entrar por la puerta de la gloria, que es tan grande.*

Y puesto ya en esta consideración, para qué recordar, como entonces iba de boca en boca, que los alguaciles tenían la mitad del cuerpo en la rufanesca y la otra mitad en la justicia; que había oficio de testigo falso con estipendios conocidos; ni para qué traer á colación los retratos maestros que de la justicia nos han dejado el autor del *Lazarillo*, Quevedo, Espinel y cien más, ilustradores de esa incomparable dinastía de los rufos y los pícaros, que si acusan una decadencia social, son al mismo tiempo la gala de un arte, español hasta la médula de los huesos, y el orgullo de una raza de escritores realistas, nacidos al lado de la mística castellana, sin igual en las literaturas del mundo.

Todo anda descompuesto, todo anda herido de decadencia.

Cervantes se ha puesto en tal comunicación con la ciudad anda-

luza, que bien puede decirse, que se ha practicado la transfusión de la sangre de Sevilla en Cervantes y de la de Cervantes en la metrópolis del Betis.

El manco de Lepanto ha comido en todos los bodegones, ha dormido en todas las posadas y ha entrado en todos los tugurios. Sin haber nacido en la tierra, es el primer sevillano de Sevilla.

Él ha visto á los jaques de la Germanía hacer chirles, dar estocadas y rebanar narices á precios convencionales. Él sonríe al conocer la industria de esportillero, que era una especie de examen de ingreso en el bachillerato de la picardía. El grumete de la carrera de Indias, que él trata en el Arenal, es un personaje que sabe lo suyo. El mochilero, el suplicacionero, el mozo de rufián, el mozo de mulas, el farsante, el pinché de cocina, el ganapán y el murcio, matriculados están en la universidad de Caco, y forman una sociedad, cuyo único objetivo es hacer fracasar al séptimo mandamiento de la Ley de Dios: No hurtar. A todos los ve pasar Cervantes por el campo de sus observaciones, unas veces con lástima, otras con risa y siempre con afán infinito de penetrar sus almas y sus vidas, como las penetra de modo incomparable en el *Rinconete* y en el *Rufián dichoso*.

Poned ahora en el laboratorio de Cervantes al cojo, al llagado de mentirijillas, con aquella su triste queja en los labios, capaz de ablandar los corazones de las piedras: *¡Miren mis tristes años, mírenlos, y amancillense de este pecador!* ¡Farsante...! Meted en la redoma del gabinete á los ciegos que rezan oraciones á todos los santos de la corte celestial y muy especialmente para partos difíciles, para mal casadas, para mal de ojos y hasta para curar la caries de las muelas. No os olvidéis del falso pobre, maestro en la ficción y el embuste, que se ponía cercano á la puerta de la iglesia y dulcemente, blandamente, discretamente, decía: *¡Para el culto de este santo templo; para el culto de este santo templo!* Y no mentía, porque mientras parlaba el sonsonete, dábase blandos golpecitos en la barriga.—*¡De este santo templo... de este santo*

luza, que bien puede decirse, que se ha practicado la transfusión de la sangre de Sevilla en Cervantes y de la de Cervantes en la metrópolis del Betis.

El manco de Lepanto ha comido en todos los bodegones, ha dormido en todas las posadas y ha entrado en todos los tugurios. Sin haber nacido en la tierra, es el primer sevillano de Sevilla.

Él ha visto á los jaques de la Germanía hacer chirles, dar estocadas y rebanar narices á precios convencionales. Él sonríe al conocer la industria de esportillero, que era una especie de examen de ingreso en el bachillerato de la picardía. El grumete de la carrera de Indias, que él trata en el Arenal, es un personaje que sabe lo suyo. El mochilero, el suplicacionero, el mozo de rufián, el mozo de mulas, el farsante, el pinché de cocina, el ganapán y el murcio, matriculados están en la universidad de Caco, y forman una sociedad, cuyo único objetivo es hacer fracasar al séptimo mandamiento de la Ley de Dios: No hurtar. A todos los ve pasar Cervantes por el campo de sus observaciones, unas veces con lástima, otras con risa y siempre con afán infinito de penetrar sus almas y sus vidas, como las penetra de modo incomparable en el *Rinconete* y en el *Rufián dichoso*.

Poned ahora en el laboratorio de Cervantes al cojo, al llagado de mentirijillas, con aquella su triste queja en los labios, capaz de ablandar los corazones de las piedras: *¡Miren mis tristes años, mírenlos, y amancillense de este pecador! ¡Farsante...! Meted en la redoma del gabinete á los ciegos que rezan oraciones á todos los santos de la corte celestial y muy especialmente para partos difíciles, para mal casadas, para mal de ojos y hasta para curar la caries de las muelas. No os olvidéis del falso pobre, maestro en la ficción y el embuste, que se ponía cercano á la puerta de la iglesia y dulcemente, blandamente, discretamente, decía: ¡Para el culto de este santo templo; para el culto de este santo templo! Y no mentía, porque mientras parlaba el sonsonete, dábase blandos golpecitos en la barriga.—¡De este santo templo... de este santo*

se indigna por nada, se irrita por todo. Al pobre, simpatiquísimo enfermo, le ha entrado la manía de dejar aquel descanso, en que vive, en la mente del poeta, para salirse por los anchos ámbitos de España á hacer triunfar la justicia, y á blandir sus armas contra toda corrupción y todo entuerto. Cervantes no lo deja escapar.

Y ocurre lo que naturalmente tenía que ocurrir, que por oposición á tan crudo y descompuesto realismo como *Don Quijote* ve y lamenta, va á parar á la exageración contraria, que al fin y al cabo cuadra mejor con su primitiva naturaleza caballeresca, y se precipita en el gusto de un idealismo patológico, verdadero padre de la andante caballería, y se aficiona de tal modo á lo limpio, á lo recto, á lo extraordinario, á lo fabuloso, á lo estupendo, á lo contra natural, que los libros de los caballeros andantes serán sus segundos evangelios, y el breviario de su nueva exaltación de espíritu los dichos, los hechos y las costumbres de los héroes legendarios.

Y esto llegará á un extremo desesperado cuando Cervantes esté en la Cárcel Real de Sevilla. *Don Quijote* no puede tolerar aquello. Aquel es el triunfo de la gusanera, el resúmen de todas las bajezas, que enferman á la patria, escarnecida por la conducta de una generación, que no sabe vivirla ni honrarla... Cervantes sonríe, siempre sonríe... El genio es un don de Dios y la persona que lo tiene ha de rodearlo del prestigio y veneración, que los dones de Dios merecen. Cuando el genio no consigue que el mundo le venere, de su propia sustancia saca el más puro perfume de la inteligencia, que es la sonrisa, y con ella obsequia á los detractores de la genialidad inteligente... ¿Qué va á hacer Cervantes oprimido, atropellado, sino sonreír... sonreír? El libro inmortal no será más que una sonrisa amable y divinamente delicada, que el alma de Cervantes tiene para las pobres luchas de la humanidad decaída.

En cambio, la persona de *Don Quijote* se desespera y rabia; y se entabla, entonces, una singular lucha creadora en la mente del autor,

entre éste, conjunto de todos los equilibrios del alma, y *Don Quijote* grande y puro, pero desajustado de nervios y de aspiraciones; y como la criatura no deja sosegar al creador, y le inquieta y le perturba y le asedia, un día Cervantes, allí, en la cárcel, transige con su héroe, y poniendo la pluma, antena de las divinas creaciones, sobre la cuartilla más ennoblecida de todos los libros humanos, con un mar de humorismo en la frente y dos ríos de gracia en los ojos, abre la puerta de su entendimiento y *Don Quijote* escapa por la cuartilla... *En un lugar de la Mancha, de cuyo nombre no quiero acordarme, no ha mucho tiempo que vivía un hidalgo caballero...*

---

MORALEJA            Ya, señores, voy á acabar, pero antes quiero sacar una consecuencia de mis impresiones, y es, que yo, respetando todas las ideas, creo que padecen una alucinación de momento los que han sostenido que hay que echar muchos cerrojos al sepulcro del Cid y encerrar á *Don Quijote* para siempre. No, yo creo que los españoles sin el Cid y sin *Don Quijote*, características de nuestra sangre y de nuestra raza, no seremos más que europeos sin dinero; con ellos, seremos españoles.

Es claro que *Don Quijote*, tal como vive en el libro del prodigioso hablador, no puede ser el tipo de nuestras emulaciones sociales, porque *Don Quijote* no es salud, sino medicina. Pero Cide Hamete Benengeli, en una nota sapientísima de su crónica, que á mí me ha traducido un mágico prodigioso de la imaginación en el alborar de un sueño, dice, que si los españoles somos buenos, dignos, verdaderos patriotas, digo más, si todos los hombres de todas las razas, son puros, son buenos, á *Don Quijote* se le quitará el ramalazo de su locura y se le caerá al suelo la lanza de sus descabelladas acometidas. Es decir, que como nosotros lo volvimos loco, en nuestras manos está curarle la locura. Aun más, como el mundo entero fué quien le puso enfermo, en las manos del mundo está la medicina, que le devuelva la salud.

Yo, con el pensamiento de rodillas ante tí, formidable caballero, hago voto y juramento de que seré bueno, puro y patriota. En nombre de todos los que ansiamos la exaltación de España, héroe nuestro, gloria nuestra, quédate en buena hora con tu espada, que la espada es la amiga del hidalgo, pero en vez de esa lanza, que nuestra promesa de enmendarnos arranca ahora mismo de tu brazo, levanta el libro de tus ideas y sentimientos, el libro de tu ética asombrosa, y ven á ponerte á la cabeza de nuestros destinos, para regirnos, adecentarnos y engrandecernos; y ya que eres una concreción espiritual humana y eterna, ponte también á la cabeza de todas las gentes, de todas las naciones, que se ven en la ruina en que se ven, porque les ha faltado á ellas, como nos ha faltado á todos, la ráfaga bendita de tu sacrificada espiritualidad.

He dicho.



